

EN LA NOCHE DEFINITIVA

Durante aquella noche, Santiago Balbuena hubo de recordar el rostro de la mujer con la que, minutos antes, se había cruzado a la entrada del hotel. Había llegado a Madrid como otras tantas veces y, sin embargo, aquel encuentro fortuito le hacía sentirse extranjero en una ciudad perdida, una región situada entre el presente y el recuerdo, como si el tiempo se hubiera quedado súbitamente vacío.

Mientras recorría las escaleras y los pasillos que llevaban a la habitación, con el sigilo de quien a medianoche profana un lugar sagrado, notó en las piernas el cansancio acumulado de los días anteriores. Se detuvo en uno de los rellanos del segundo piso, se inclinó sobre la ventana y miró a través de la noche. A la luz desfallecida de la luna, Madrid tenía un aspecto de ciudad soñada.

Emboscado en la privacidad que le procuraba aquel rincón, Santiago Balbuena se encontró con su propio reflejo en el cristal, deformado por las gotas de lluvia, y se miró a sí mismo a los ojos tratando de reconocerse, como si hubiera transcurrido una vida entera desde la última vez que se vio en el espejo del cuarto de baño del hotel de París, poco después de presentar allí su última novela. Estancado en aquella eternidad, que en realidad apenas duró un par de minutos, repasó los últimos días: presentaciones y entrevistas agotadoras para medios de comunicación de diversos países, viajes, firmas de librerías, agendas colmadas de citas inexcusables, esperas en aeropuertos, conversaciones una y mil veces repetidas... Sabía que todo había ido bien, que podía sentirse orgulloso de su último best-seller, y sin embargo, estaba embriagado por el aroma sublime de lo desconocido.

La belleza imposible de aquella mujer, dulce como un pecado, se le vino de nuevo encima como una tormenta torrencial que borraba el nombre exacto de las cosas. Recordó, entonces, el chorro de luna sobre sus ojos, como un oasis de luz, en contraste con la quietud de balcones cerrados en la noche definitiva, y entendió que aquel encuentro le había dejado una herida. Indeciso, cogió la maleta del suelo e hizo

el amago de bajar de nuevo las escaleras hasta la entrada y confesárselo sin remedio en la intimidad del anonimato, como si él fuera Clark Gable y ella Claudette Colbert.

Quizás ya era tarde y se había marchado para siempre entre los pliegues silenciosos de aquel barrio, tras el telón difuso de los árboles, dejándole eternamente con la incógnita de su voz y el desconsuelo de una despedida sorda. Desanduvo los pasos amortiguados por la moqueta y caminó hacia la habitación con el sabor amargo de la cobardía en el paladar. Se cruzó con un chico que tan siquiera advirtió su presencia, quizás porque la fatalidad nos hace invisibles, pensaba, y cerró la puerta a sus espaldas quedándose a oscuras en una penumbra hospitalaria, como si aquel fuera el último día del mundo.

Un estrecho sendero de luz entraba por el ventanal e iluminaba la distancia entre sus zapatos y la ciudad, allá fuera, que se le antojaba ahora como todas las ciudades y ninguna. Percibía una frescura apacible en los brazos que le hacía recordar que diciembre era de las pocas cosas que llegaban para quedarse y la humedad del Manzanares y la lluvia como de caricias intermitentes y los labios entreabiertos de aquella mujer sin nombre ni fragancia, que imaginaba parecida al de las lilas que florecían en los jardines de su infancia. << Toda la vida puede volverse imaginaria durante diez minutos...>>, susurró mientras trataba de recordar en qué libro había leído recientemente en aquella frase que tenía algo de presagio.

En ese tiempo Santiago Balbuena ordenó los papeles almacenados durante su estancia en París, realizó un par de llamadas telefónicas a su editor para comentar algunas de las entrevistas que iba leyendo en internet, preparó infructuosamente unas notas para su intervención del día siguiente en el Ateneo e intentó conciliar el sueño. Escuchaba, mientras tanto, un recopilatorio de Frank Sinatra que había comprado en Nueva Jersey y que le transportaba a los años ochenta en los que escribió su primera novela a ritmo de jazz.

Podía parecer que había logrado sobreponerse al desconcierto de ante pero, en realidad, tenía la impresión de estar despierto dos veces. Miraba de reojo el teléfono pensando en llamar a la recepción para preguntar por ella, y también el ventanal abierto preguntándose si seguiría allá abajo, si desde aquella altura podría reconocer

una vez más sus ojos antes de que se desvanecieran irreparablemente entre esquinas y callejones hostiles.

Se asomó al balcón de la habitación y buscó el cuerpo inerte de aquella mujer sobre el asfalto, en la misma posición en la que estaba a su llegada. Las luces nocturnas brillaban en el empedrado y la luna se reflejaba sobre la barandilla fría, y él la acariciaba, imaginando que la acariciaba a ella y la tomaba y la traía consigo. Entonces, tuvo la certeza de que sin ella no podría volver a escribir ni a dormir nunca más, que se pasaría el resto de la vida buscando aquella mirada desde el otro lado del tiempo que le inquietaba y serenaba a la vez. Fue cuando asumió, definitiva e irreversiblemente, que se había enamorado de una suicida.

Ignacio de Saavedra Lage
(Premio prosa)